

Las Categorías clínicas y el campo unificado del padecimiento subjetivo: la clínica psicoanalítica en la actualidad

*Nicolás Campodónico*¹

Resumen

Desde los comienzos del Psicoanálisis, Freud se ocupó de organizar el campo de su clínica considerando la forma de presentación del síntoma y su relación con aquello que lo determina. Sin embargo, en la actualidad, el campo de la Psicopatología incluye los llamados “nuevos síntomas”; aquellos que, en estrecha relación con aspectos específicos de la cultura contemporánea, se presentarían frecuentemente con carácter epidémico. Se abordará el condicionamiento histórico-cultural y su incidencia en los cambios en la envoltura formal del síntoma, así como la importancia en la presentación de los llamados “nuevos síntomas” que para algunos autores se presentan con carácter epidémico y que para Stevens (2001) pueden considerarse desnudos por la ausencia de envoltura formal y la predominancia de manifestaciones de puro goce. Nos referimos a perturbaciones como anorexia, bulimia, automutilaciones, etc. De esta forma aparecen términos que intentan fijar una verdad que procure una satisfacción al sujeto. Entonces nos interrogamos acerca de la vestidura que el síntoma adquiere en la época contemporánea, es decir, ¿estas demandas se insertarían en las presentaciones de los llamados “nuevos síntomas”? De ser así, si se trata de nuevas formas de síntomas, ¿qué aportarían como novedad al campo de la clínica?

Palabras clave: Psicoanálisis – Síntoma – Postmodernidad- Clínica diferencial

Clinical Categories and the unified field of subjective suffering: the psychoanalytic clinic today.

Abstract

From the beginning of Psychoanalysis, Freud was in charge of organizing the field of his clinic considering the form of presentation of the symptom and its relation with that which determines it. However, at present the field of Psychopathology includes the so-called “new symptoms”, those that in close relation with specific aspects of the contemporary culture, would frequently present with epidemic character. Historical-cultural conditioning and its impact on the changes in the formal envelope of the symptom will be addressed, as well as the importance of presenting the so-called “new symptoms” that for some authors are presented as epidemic and for Stevens (2001) To be considered naked by the absence of formal envelopment and the predominance of manifestations of pure enjoyment. We refer to disturbances as anorexia, bulimia, self-mutilations, etc. In this way, there are terms that try to establish a truth that seeks satisfaction for the subject. So we ask ourselves about the dress that the symptom acquires in the contemporary age, that is to say, these demands would be inserted in the presentations of the so-called “new symptoms”?, and if this is the case with new forms of symptoms, what would contribute as a novelty to the field of the clinic?

Keywords: Psychoanalysis - Symptom - Postmodernity - Differential clinic

Introducción

El concepto de normalidad es una invención de ese momento de la historia de la humanidad que se ha dado a conocer como la Modernidad, allí se instaura como una categoría que rige la mirada de médicos, educadores y criminólogos a partir del siglo XIX. La

función “psi” se convierte, a la vez, en el discurso y el control de todos los sistemas disciplinarios. Es el discurso y la introducción de todos los esquemas de individuación, normalización y sujeción de los individuos dentro de los sistemas disciplinarios; se verifica, así, la aparición de la psicopedagogía dentro de la instancia escolar y la psicología laboral dentro de la

¹ Universidad Nacional de La Plata. Argentina. E-mail: Nicolas_Campodonico@hotmail.com

disciplina fabril, la criminología dentro de la disciplina carcelaria y la psicopatología dentro de la disciplina psiquiátrica y asilar (Foucault; 1973-1974).

Sin embargo, lo normal es una categoría que se construye desde su negación, porque lo que su origen sintetiza no es la normalidad, sino la anormalidad que confirma la propia pertenencia a lo *Uno*, a lo *Mismo*. Resulta inventada para afirmar lo propio e instalar el control, expulsar, aniquilar, corregir, censurar, moralizar, domesticar todo lo que exceda sus propios límites, todo lo *Otro*. Esta construcción de lo anormal a su vez, un *Otro* que encarna nuestro más absoluto temor a la incompletud, a la incongruencia, a la ambivalencia, al desorden, a la imperfección, a lo innombrable.

Es Canguilhem (1971) quien ha señalado que el pensamiento y la actividad del médico resultarían incomprensibles si no contaran con las nociones de normal y patológico, a las que podríamos agregar salud y enfermedad, teniendo en cuenta que ambos pares opositivos no se ubican en el mismo plano. ¿Existen ciencias de lo normal y lo patológico?, se pregunta Canguilhem y se aboca a analizar detalladamente las definiciones posibles para estas nociones y a demostrar la complejidad que conlleva abordar las dicotomías antes mencionadas. Pero nuestro interés por su lectura reside en que, la misma, resulta de utilidad para pensar cómo pueden intervenir los psicoanalistas en relación con una práctica multidisciplinaria como lo es la salud mental.

Es importante mencionar, en primer término, que lo señalado por Canguilhem respecto de la actividad del médico, no puede ser extendido a la actividad del psicoanalista ya que para él carecer de aquellas definiciones no se convierte en un obstáculo para el ejercicio de su práctica. Los términos salud-enfermedad son términos médicos y el Psicoanálisis no categoriza de ese modo las estructuras inconscientes dado que no existe un inconsciente sano o enfermo, tampoco uno normal o patológico. Sin embargo, encontramos, teniendo en cuenta la relación médico-paciente, un punto de intersección interesante entre ambas disciplinas a partir del cual el médico y el psicoanalista pueden trabajar conjuntamente en el marco de la asistencia del internado o el paciente ambulatorio.

Es necesario situar la ruptura que conlleva el advenimiento del Psicoanálisis, ruptura en el registro de la clínica y de la patología misma, ruptura en relación al contexto que, a su vez, condiciona la novedad de su intervención. Al respecto podemos recordar que el

Psicoanálisis surge en un momento histórico en que se había afianzado la medicalización de los trastornos mentales.

Es así que podemos decir que la clínica psiquiátrica que inaugura Pinel a partir de la redefinición de la dimensión de lo psíquico conduce, asimismo, a un uso peculiar de los conceptos “normal” y “patológico”, “salud” y “enfermedad”. El Psicoanálisis surge en este contexto pero, establece una nueva clínica que reformula los conceptos hasta tal punto, que permite trastocar las relaciones existentes entre patología, etiología y terapéutica, trastocamiento que es solidario de la modificación sustancial del lazo social médico-enfermo, a partir de la creación del dispositivo analítico necesario para la implementación del método.

Resulta necesario subrayar que la clínica psicoanalítica es una clínica que sitúa su intervención en un campo patológico, en tanto el punto de partida es el síntoma, aquello que como malestar, desadaptación, desequilibrio, siempre está referido al discurso imperante, sus normas y valores. Desde esta perspectiva, el síntoma siempre se presenta en un principio en su vertiente patológica como “lo que no marcha” según lo plantea Lacan, o como una “interferencia” como lo planteaba Freud. En otras palabras, es lo que Freud denominaba “enfermedad en sentido práctico”, en tanto el sujeto que lo padece se queja de su impotencia para lograr que las cosas continúen como hasta entonces sin poder librarse de lo que entorpece el curso normal de su vida.

En esta dirección, debemos recordar que nociones tales como “morfología clínica”, “síntoma”, “etiología” y “patología”, son utilizadas por Freud en el curso de su obra. Nos interesa subrayar entonces el nuevo sentido que estos términos adquieren en Psicoanálisis, términos que Freud utiliza para organizar las novedades que encuentra a partir de la originalidad de su práctica. Resulta de interés el sentido que adquiere la misma noción de “categoría clínica”, solidaria de una ruptura de la oposición normal-patológico que se encuentra en el fundamento de las perspectivas psicopatológicas previas a Freud y que persiste hasta la actualidad. Violencia, adicciones, anorexias y bulimias, depresiones, son algunas de las patologías que se mencionan cuando se habla de las nuevas presentaciones en la clínica actual. Se habla también de nuevos síntomas, patologías del acto o del consumo, o también “patologías de la ética” o del objeto. Se coincide, generalmente, en que la mayor parte de estos síntomas rechazan el inconsciente, por lo que resistirían al dispositivo clásico psicoanalítico

(por lo menos en lo que a dicha presentación respecta, ya que no se consideran síntomas descifrables). Es decir que, entre los psicoanalistas orientados en la enseñanza de Lacan, se acuerda con que los llamados “síntomas de la época”, si bien no objetan las estructuras clínicas, plantean problemas al diagnóstico y a la posibilidad de instalar el dispositivo analítico. Sin embargo, cabe preguntarse qué es aquello que se considera nuevo y cuáles serían las consecuencias de esta “novedad”.

El malestar en la cultura: la versión freudiana y lacaniana

Cuando nos remitimos a hablar del malestar en la cultura, es inevitable la referencia a Freud, quien no dudó en situar una tensión que resulta fundante de la civilización humana: la irresoluble dialéctica entre Vida y Muerte. En el final de *El malestar en la cultura* (1930) afirmó: “Y ahora cabe esperar que el otro de los dos “poderes celestiales”, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?” (p. 140) De esta manera, Freud no sólo sostuvo que no habría ni síntesis ni integración para esta dialéctica entre “potencias eternas”, sino y por sobre todo, que la relación entre ambas pulsiones está caracterizada por la “lucha”. Para Freud, la cultura es una construcción del Eros en su intento por frenar el irremediable empuje de la Muerte. El malestar de la civilización no se produce por los frenos sociales a la sexualidad sino que se instauraría por la irresoluble tensión existente, en la lucha del Eros con la pulsión tanática. Entonces la relación entre unos y otros se inscribiría en las coordenadas de lucha a partir de la dialéctica pulsional, quedando como instancia necesaria de la cultura el imperativo del amor, como legalidad erótica que tiene a la continuidad de la vida.

Por el contrario, una pregunta se impone por su relevancia: ¿se trató para Lacan del mismo malestar en la cultura? Lacan podemos decir que realizó tres lecturas en su enseñanza, en la medida que construía otra versión del malestar en la cultura y de sus respectivas implicancias en la estructura del sujeto.

a) En “El discurso a los católicos” de 1960, Lacan ubicó el mandamiento cultural (“amarás al prójimo como a ti mismo”) a partir del concepto de narcisismo en Freud.

De esta manera, la intersubjetividad y el encuentro con la otredad se redujeron a la tensión especular de la imagen:

“todo está en el sentido del “como a tí mismo”. Y designó esta fuerza con el nombre de narcisismo. No hay nada sorprendente en que no sea más que yo mismo lo que amo en mi semejante. Me amo a mi mismo en la medida en que me desconozco esencialmente, sólo amo a otro” (Lacan, 1960, p.45-46).

El punto central quedó situado en la segunda parte del mandamiento, en el “como a ti mismo”, perdiendo entonces el amor su lugar de imperativo simbólico. La tensión establecida entre el yo y su semejante, no es ya de base pulsional tal cual lo planteó Freud, sino que está dado por los avatares agresivos de los circuitos imaginarios. Finalmente, sitúa como resultados de tal tensión narcisista, al odio como sombra del amor y al efecto de desconocimiento real, donde el semejante se vuelve otredad. Dijo al final de ese escrito: “la ambivalencia por la cual el odio sigue como su sombra todo amor por ese prójimo, que es también para nosotros lo más extranjero”. (Lacan 1960; 62).

b) En el Seminario XXI de 1973, Lacan presentó una lectura diferente del mandamiento. Ya no se trataría tan sólo de la relación narcisista entre el yo y la imagen, sino de la relación entre el uno y el otro como instancias del campo relacional. Dijo en la clase 4: “este precepto funda la abolición de la diferencia de los sexos. Cuando les digo que no hay relación sexual, no dije que los sexos se confundan, ¡muy lejos de eso!”. (Lacan, 1973). De esta manera, lo que está en juego en el mandamiento es el intento de la cultura por borrar lo real de las diferencias sexuales, a partir de la ilusión de igualdades. Lo que quedó excluido con el mandamiento es una sentencia cultural que sería inherente a lo humano: que sí hay la diferenciación sexual. Tal sentencia tendría por lo menos dos destinos: o que habría que borrar la diferencia con un amor unificante, modalidad planteada por el mandamiento de la cultura; o que, justamente por sostener lo real de la diferencia como un imposible de borrar, se pueda escribir la lógica estructurante del no hay relación sexual.

c) Finalmente, en El Seminario XXII de 1974-1975, Lacan alcanzó una versión diferente del malestar en la cultura. En la clase 10 afirmó: “el amor es odioenamoramiento, hainamoration. No se trata, ciertamente de que dado el caso el amor se preocupe lo mínimo por el bien-estar del otro, pero está claro que no lo hace más que hasta un cierto límite para el que hasta hoy no he encontrado nada mejor que el nudo de borromeo para representarlo, a este límite”. Es interesante situar que en este límite escrito en el nudo

de borromeo, Lacan encontró que el RSI del amor real (ya no sólo imaginario o simbólico) se entrelazaría con el odio, pero por fuera de la tensión narcisista. Sería el a-mor en el lugar del objeto a como a -muro real, que presentifica la castración entre Uno y Otro. Un poco más adelante agrega: “hay que dar un paso más, sin el cual no se comprende nada en el lazo de esta castración con la interdicción del incesto: esto es ver que el lazo es lo que yo llamo la no-relación sexual”. (Lacan, 1975) De esta forma, Lacan pudo ubicar que la irresoluble diferenciación sexuada implícita en el no-hay relación sexual sería el lazo que articula castración con interdicción del incesto siempre que el odioenamoramamiento sea *objeto a* capaz de anudar goce fálico, con goce del Otro y sentido. Se trataría de una versión diferente del malestar en la cultura: lo real del amor como el límite que no borra la diferenciación sexuada de la relación sexual que no hay, y que entrelaza la castración con la interdicción como instancia fundante del malestar en la cultura.

El malestar en la cultura en la actualidad

Es posible partir de una pregunta importante: ¿Cómo pensar el malestar en la cultura en el siglo XXI? Una referencia orientadora es la que aportan Jacques-Alain Miller junto con Eric Laurent en el seminario titulado “El Otro que no existe y sus comités de ética” (2005), en el contexto de una reinterpretación de la civilización actual que ya no se definiría como “freudiana” sino como “lacaniana”. Civilización freudiana es para los autores aquella definida por Freud en 1930, donde la renuncia a la satisfacción pulsional como imposición de la cultura lleva la marca del “nombre del padre”, es decir, la ley del incesto de “Tótem y tabú” como símbolo del pasaje naturaleza/cultura; una ley de carácter universal (“para todos”), que tiene como corolario la prohibición bajo el peso del Ideal. La época lacaniana, en cambio, sería la que introduce Lacan a partir de su Seminario sobre “Los Nombres del Padre” gracias al cambio de paradigma que impone la invención del *objeto a* y la orientación de la experiencia analítica por “lo real del goce”, donde la “pluralización de los Nombres del Padre” permite definir a la época ya no regida por un ideal único y universal sino, más bien, por una serie de nombres indistintos que dan cuenta de la “inexistencia del Otro”. Como dice Miller (2005): “la inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llamaremos la época lacaniana del Psicoanálisis (que es la nuestra) la época de los desengaños, la época de la errancia” (Miller 2005; p. 11). Para Miller la crisis de

la civilización actual, su malestar, es “una crisis de lo real” en la medida que el hombre queda desorientado frente a la proliferación de los semblantes que no logran cubrir lo real y lo enfrentan irremediamente a la angustia, bajo la cara de los síntomas paradigmáticos de la época: la depresión y la adicción generalizada.

Por ello podemos decir que tenemos un nuevo Otro en el campo, uno que no habíamos tenido antes, que pide tratamientos más rápidos, menos costosos, enteramente predecibles y cuya terminación y duración pueden ser anticipados. Con esto también estamos frente a un nuevo tipo de demandas. Es así el modo en que Miller (2005) plantea “antes teníamos a un individuo solicitándonos tratamiento. Ahora tenemos un Otro colectivo, generalizado, que demanda”.

Pero es Lacan quien sitúa este giro del malestar en un texto testigo de sus primeros pasos por el Psicoanálisis freudiano, *La Familia* (1938), donde ubica la “declinación de la imago paterna”. Dice Lacan:

“Declinación condicionada por el retorno al individuo de efectos extremos del progreso social, declinación que se observa principalmente en la actualidad en las colectividades más alteradas por estos efectos: concentración económica, catástrofes políticas. Declinación más íntimamente ligada a la dialéctica de la familia conyugal, ya que se opera a través del crecimiento relativo, muy sensible por ejemplo en la vida norteamericana, de las exigencias matrimoniales”. (Lacan, 1938, p. 93)

Para Lacan, en vísperas de la segunda guerra mundial, las neurosis dominantes al final del siglo XIX han evolucionado en una nueva neurosis caracterial, “la neurosis contemporánea”, cuyo resorte es la carencia de padre cuya personalidad “está ausente, humillada, dividida o postiza”. Notemos entonces, como lo recuerda Laurent, que más allá de la formalización lacaniana del Edipo freudiano en lo que ha sido la metáfora paterna y el significante del Nombre del Padre como razón del orden simbólico, Lacan extrae las consecuencias de la declinación del padre a mediados del siglo XX y demuestra su pluralización y su condición de semblante, a partir del estudio de la angustia freudiana, del establecimiento de los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis y de la circulación del goce en los cuatro

discursos como modos posibles de lazo social. También Lacan anuncia las consecuencias de lo que en los años 70 da en llamar el “discurso capitalista” como variante del discurso del amo actual, en la Proposición del 9 de octubre de 1967, en oportunidad de establecer los fundamentos del psicoanalista de la Escuela: “Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación.” (Lacan, 1967; p. 276).

Cuando Miller se pregunta cómo definir a la civilización actual su respuesta apunta a demostrar que el “*impasse* lacaniano” ha reemplazado al “malestar de la cultura” freudiana:

Digamos que es un sistema de distribución de goce a partir de semblantes. En la perspectiva analítica del superyó, una civilización es un modo de goce, incluso un modo común de goce, una repartición sistematizada de los medios y las maneras de gozar (Miller, 2005; p.18)

Es cierto que en la tesis freudiana del malestar, ya estaba en germen la cuestión económica del malestar psíquico. Cuando Freud aborda en el apartado VIII “las vicisitudes del superyó en el neurótico”, enlaza la cultura al surgimiento de la “conciencia moral” pero de un modo sumamente contradictorio. Dice Freud: “la renuncia de lo pulsional crea la conciencia moral, que después reclama más y más renuncia”. (Freud, 1930; p.124) Es decir, lo que el sujeto integra como mandamientos de la conciencia moral no es sin un arreglo paradójico que se plasma en el sentimiento inconsciente de culpa y en la necesidad de castigo, pilares del “problema económico del masoquismo”. Pero Freud encuentra que dicho malestar, en tanto renuncia a la satisfacción pulsional, tiene salidas, tiene recursos (aquellos que enumera y amplía en el capítulo II, como “defensas frente al sufrimiento”): los tóxicos, la sublimación, la religión, el amor, la belleza y la neurosis misma.

Sin embargo, en la época lacaniana, las salidas se presentan en términos de *impasse*, es decir, de punto muerto. Según Miller, la época lacaniana define al superyó de un modo diferente:

el superyó freudiano produjo cosas como lo prohibido, el deber, hasta la culpabilidad, que son términos que hacen existir al Otro, son los semblantes del Otro, suponen Otro. El superyó

lacaniano, que Lacan despejó en el Seminario Aún produce un imperativo distinto: ¡Goza! Este es el superyó de nuestra civilización”. (Miller, 2000; p.19).

Es así como el nuevo régimen de la civilización contemporánea ya no lleva la marca de la represión, en tanto prohibición a la satisfacción pulsional, sino la “exigencia a gozar” aunque sea al precio mortífero de un “más allá del principio del placer”. Ya no hay entonces un signifiante amo que ordene, que prohíba, que reglamente la satisfacción y las buenas costumbres; más bien, en el lugar dominante o “brújula de la civilización de hoy” tenemos el objeto a, en tanto “plus de goce”, objeto que taponaa la pérdida y nos invita al consumo sin límites.

La ética del Psicoanálisis

La época, tal como la venimos planteando, oferta una multiplicidad de terapéuticas ligadas a lo asistencial, cuyos ideales de cientificidad eluden lo que para el Psicoanálisis de orientación lacaniana, resulta el meollo del asunto. El interés por los efectos terapéuticos del Psicoanálisis no es nuevo, pero en nuestra época ha renovado su actualidad frente a las exigencias, cada vez mayores, de dar cuenta de los resultados de la práctica y de responder a las críticas que desde algunos sectores cuestionan la eficacia terapéutica del Psicoanálisis sosteniendo que se trata de pura especulación. (Rubistein, 2012).

Considerando que aquello que orienta la intervención sobre el padecimiento subjetivo resulta solidario de los efectos que se registran en la experiencia, los psicoanalistas han iniciado un movimiento que da cuenta de los efectos terapéuticos que se suscitan en un tratamiento psicoanalítico. En este caso, lo terapéutico se decanta por añadidura a otro elemento que otorga especificidad a la intervención psicoanalítica. Se trata, en efecto, de la condición fundamental tanto de la interpretación como de la transferencia; lo que ha sido conceptualizado por Lacan como *deseo del analista*. Este concepto, que encuentra su antecedente en las indicaciones freudianas acerca de la neutralidad y la abstinencia, es indisoluble de la ética propia del Psicoanálisis. El Psicoanálisis responde a las nuevas disposiciones históricas, con un retorno a la dignidad del sujeto y su verdad; apuntando que más acá de lo ficcional discurre un sujeto deseante, que el ruiseñor que canta en este árbol es uno y único, pero que también es el ruiseñor que expresa el canto de una categoría

estallada. De las ficciones que estructuran la realidad y de la realidad relativizada en esa multiplicidad, decanta lo real como dirección genuina en el encuentro del sujeto con su determinación. La práctica analítica en la época del “Otro que no existe” intenta reintroducir al sujeto en relación con el Otro, apuntando a establecer una modificación en la posición subjetiva, en el sentido de la caída de ciertas identificaciones que comandan la vida del sujeto y en torno a la asunción de cierta responsabilidad en relación a su goce. En las entrevistas preliminares las transformaciones en la demanda se encuentran en la dirección de alcanzar la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, es decir, la rectificación subjetiva que apunta a cuestionar la posición del sujeto en tanto yo; la implicación del sujeto en su mensaje; suponiendo por ello el pasaje de la queja, a un mensaje que tiene valor para Otro y la implicación del sujeto en la causa del síntoma, en la que el analista desde su posición idéntica al objeto a, se presenta para el sujeto como causa de su deseo. (Napolitano, 1999)

Tal como afirmara J-A Miller:

de modo que para ubicar de aquí en más el Psicoanálisis en su justo lugar, debemos desplazarlo a ese espacio de tensión, emoción y reflexión entre semblante y real. ¿Cómo entenderemos hoy la frase (o el witz), de Lacan “podemos prescindir del Nombre del Padre con la condición de servirnos de él”, que hace algún tiempo subrayó Eric Laurent? Quizá de este modo: podemos prescindir del Nombre del Padre como real con la condición de servirnos de él como semblante. El Psicoanálisis mismo es eso, en la medida en que el psicoanalista entra en la operación que dirige en calidad (o en lugar de), semblante y se ofrece como la causa del deseo del analizante para permitirle producir los significantes que organizaron sus identificaciones (Miller, 2005; p.12)

Jacques Lacan ha afirmado que “promover en la ordenanza del análisis la normalización psicológica incluye lo que podemos llamar una moralización racionalizante” (Lacan 1959; p. 360). En otro sentido, advierte acerca de los riesgos que supone “un error del analista, aunque solo fuese el de querer demasiado el bien del paciente, cuyo peligro ha denunciado muchas veces

Freud mismo” (Lacan, 1951, p. 219). El Psicoanálisis, se puede decir que se sostiene en una ética del deseo, y, al hablar de ello, se abandona el terreno antinómico del bien y del mal. El deseo como tal excede esta lógica desde la cual se sostendrían otras prácticas psicológicas. En el Seminario 8, Lacan se refiere a Alcibíades como el hombre del deseo diciendo: “Alcibíades no dice es por mi bien o por mi mal, por lo que quiero eso que no es comparable con nada y que se encuentra en ti agalma. Dice lo quiero porque lo quiero, sea mi bien o sea mi mal”. (Lacan, 1960, p.185)

Sin embargo, opuesto a esta lógica del deseo, otras corrientes psicológicas se sostienen en lo que se lo podría llamar como lógicas del bien. Mazzuca en *Psiquiatría y Psicoanálisis, encuentros y desencuentros* (2002), define a estas lógicas de la siguiente manera:

En estas éticas de bienes la cuestión de la felicidad, del bienestar, está siempre presente ya que funciona la hipótesis de que hay siempre una articulación entre el bien y el bienestar, suponiendo que el sujeto que procede en su conducta guiándose por esta ética, es decir orientándola hacia el bien, obtiene el bienestar, consigue la felicidad (Mazzuca, 2002; 17).

Por el contrario, en el Psicoanálisis no existe la promesa de la felicidad, no hay garantías de ella en aquellos sujetos que se ponen a andar por el camino del deseo. Es en este sentido que Lacan lo dice de la siguiente manera: “incluso para quien avanza hasta el extremo de su deseo, todo no es rosa”. (1959, p. 384). Sin embargo, sería necesario aclarar que la asunción de una ética subjetiva por la vía del deseo como es el caso del que plantea el Psicoanálisis, no impide la consideración del levantamiento de los síntomas del paciente.

La clínica psicoanalítica en la actualidad

Desde los comienzos del Psicoanálisis, Freud se ocupó de organizar el campo de su clínica a partir de la histeria, considerando la forma de presentación del síntoma y su relación con aquello que lo determina. Sin embargo, en la actualidad el campo de la Psicopatología incluye los llamados “nuevos síntomas”, aquellos que, en estrecha relación con aspectos específicos de la cultura contemporánea, se presentarían para algunos autores (Miller, Laurent, Reccalcati, Trobas, etc.) frecuentemente

con carácter epidémico. Estas manifestaciones, constituirían un verdadero desafío para los abordajes terapéuticos. Nos referimos a perturbaciones tales como la anorexia, la bulimia, las automutilaciones, las presentaciones de violencia y los diferentes tipos de adicciones, entre otras. De esta manera, es necesario tener en cuenta, las variadas modalidades de presentación, condicionadas por las características particulares de la cultura de la época, como es el caso de estos “nuevos síntomas”, que otorgan cualidades especiales a la demanda de asistencia en un momento dado y que se encontrarían inscriptas sin fijeza alguna, dentro de los tres grandes grupos diagnósticos que están delimitados en el campo freudiano.

Podemos decir que lo que evoluciona es la envoltura formal del síntoma, es decir, los semblantes, los significantes que evolucionan en el contexto cultural. Estamos familiarizados con la expresión “nuevos síntomas” y al escucharla evocamos: toxicomanía, anorexia, bulimia, depresión, etc. Los asociamos con el estado actual de la cultura: con el consumo, el derecho al goce, la cultura del narcisismo, la declinación de la función paterna, crisis de la familia tipo. Al mismo tiempo sentimos que el abordaje de estos temas nos conducen hacia una significación generalizada del síntoma que nos aleja del sentido estricto del mismo en Psicoanálisis. Porque en el Psicoanálisis no hay síntoma que no sea nuevo, único e irreplicable en el nivel de la articulación singular que el sujeto hace entre significante y goce. Cabe aclarar que desde hace tiempo podemos vislumbrar que, en la juntura del sujeto con el goce, se han ido produciendo cambios importantes en las relaciones con nuevos objetos de consumo y las ofertas que la cultura propicia, así como colectividades organizadas por los modos de gozar. Ahora bien, algunos de los nuevos síntomas aparecen mucho menos como fenómenos localizados porque están menos recubiertos de la envoltura significativa y por el contrario parecerían extenderse a la vida entera del sujeto como una forma, un modo de goce organizado por él mismo.

Estos síntomas contemporáneos no son ajenos al contexto socio-cultural en el que surgen, lo cual nos sitúa en la caracterización de la época propuesta por Lacan: “El Otro no existe”, con sus consiguientes manifestaciones. Ahora bien, ¿qué ocurre entonces cuando el Otro no existe?, ¿qué ocurre con la declinación de los semblantes de autoridad, cuando el ideal ya no orienta al sujeto con respecto de su ingreso al discurso, al lazo social? En consecuencia, los sujetos postmodernos

andan desorientados, desamparados, sin brújula. En su lugar hay una proliferación de objetos plus de goce.

Existe entonces la disyunción entre el ideal y el goce, el ideal no regula el goce, quedando éste al servicio de la voz tiránica del superyó que ordena siempre gozar más. El superyó postmoderno, ya no como heredero del complejo de Edipo sino como residuo pulsional de la inconsistencia del Otro, ordena la búsqueda de objetos que prometen goce. Y a su vez, esto estaría condicionado por la democratización y apertura que se ha producido en la oferta y la demanda terapéutica de nuestra época, que conduce a sujetos aquejados de malestares diversos, alejados de las manifestaciones neuróticas o psicóticas típicas. En la actualidad, en la que el discurso capitalista no encuentra tope, surge una proliferación de ofertas “psi” en todos los ambientes de la sociedad que pretenden lograr una rápida y eficaz respuesta al síntoma, entendiendo por ésta la supresión del mismo. Nos preguntamos cuál es la respuesta del Psicoanálisis ante una demanda que exige inmediatez de aquello que “no anda”. Para algunos autores, como Stevens (2001), los llamados nuevos síntomas pueden considerarse desnudos, por la ausencia de envoltura formal, y la predominancia de manifestaciones de puro goce. Estas manifestaciones de puro goce, se caracterizan por la ausencia de implicación subjetiva así como también por las dificultades en el establecimiento de la transferencia, lo cual dificultaría la intervención analítica.

Como hemos planteado previamente, a partir del malestar actual que nuestra época nos denota, vislumbramos en la clínica actual algunas presentaciones sintomáticas que en nada se caracterizan por el retorno de lo reprimido, que se diferencian de la neurosis de la época de Freud, la cual se basaba en que el padre enmarcaba la prohibición. Por otro lado, también estos nuevos síntomas, en algunos casos, tendrían una función de nominación, en tanto muchas de las personas que consultan se sostienen en un discurso que lo identifica a una clase: “soy fóbico”, “soy depresivo”, “soy anoréxico”. Así vemos desfilar un sin número de términos que intentan fijar una verdad que procure una satisfacción al sujeto.

Marco Focchi (2010) se refiere a estos síntomas como productos del discurso capitalista y de la ciencia, meros efectos de la expulsión del sujeto del inconsciente, en los cuales la represión opera de un modo distinto. Estas modalidades de síntoma plantean una dificultad adicional para el Psicoanálisis que como lazo social,

formalizado por Lacan como discurso analítico apunta a la producción y conmoción de los significantes amo que organizan la experiencia de un sujeto. En contraposición a esto, los nuevos síntomas se resisten al lazo, como S1 que no remite a otro significante que le de sentido. En eso muestran su homología con lo que Lacan llamaba la función radical del Nombre-del-Padre: que es la función de dar nombre a las cosas, hasta dar nombre al gozar. Los significantes amos que regían en aquella época están lejos de los que hoy podemos apreciar, lo cual abre la pregunta de cómo asegurarse de si estos síntomas son nuevos; y ¿de dónde viene lo que nos autoriza a pensar que son cosas nuevas? Sabemos que el síntoma se articula (vía la identificación) con toda una serie de discursos provenientes del Otro, provenientes a su vez de los discursos que marcan una época. Estos en definitiva, definen el material mismo a partir del cual el sujeto lo construye. Por lo que el síntoma en su realidad concreta obedece también a variables históricas y culturales.

Podríamos preguntarnos ¿qué es lo que cambia en el contexto socio-cultural actual? El Otro social de los tiempos de Freud es un Otro que aparentemente existía y se sostenía, y en donde los ideales eran muy potentes. En cambio, en la época actual, prima la inconsistencia y la poca solidez de las instituciones y los vínculos en general. Es así que Bauman, propone la *metáfora de la liquidez* para intentar dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones socio-familiares. (Bauman, 2009). Utiliza la expresión “los vínculos líquidos” para dar cuenta de un estatuto distinto en las relaciones contemporáneas en tanto son menos estables. Algunos autores, como Guy Trobas (2003), aluden al ocaso del Edipo para caracterizar la época actual, en tanto se evidencia una deflación de la función paterna, más precisamente, en el papel que cumple la autoridad en dicha función. En el mismo sentido, Freud y Lacan han advertido, en distintos momentos de sus enseñanzas, que la degradación progresiva de la autoridad paterna, conllevaría un crecimiento del papel imperativo del superyo. A partir de la importante inserción del Psicoanálisis en la oferta social, podemos marcar el análisis del contexto de la época en la que el Otro se ha ido progresivamente desvaneciendo y resultando en una fragmentación que da lugar a ficciones múltiples que sólo transitoriamente otorgan estabilidad al mantenimiento del lazo social.

Este contexto adquiere especial relieve en la presentación de la demanda terapéutica, así como en su extensión condicionada por el valor que ha alcanzado el recurso a la palabra y a la comunicación. A diferencia de tiempos atrás en los que se creía en el Otro, hoy podemos vislumbrar que hay menos Padre en el contexto socio-cultural y por ende, la sociedad tiene tendencia a transformarse en una sociedad de hermanos, de hermanos incrédulos. Faltan los puntos de referencia al estar el padre en retirada. Donde aparecía la regulación por alguna modalidad de la prohibición, hoy se regula de otra manera, se ha pasado a otro esquema, siguiendo a Enric Berenguer (2009), en el que se podría decir que ya no se trataría tanto de la represión sino de todo lo contrario, de una acción sobre el goce a nivel del cuerpo. Soluciones sintomáticas que algunas de éstas tienen un estatuto epidémico en donde las identificaciones no están soportadas por un ideal sino por una referencia a un síntoma que está incluido como tal en un discurso social. El mismo síntoma se colectiviza y a su vez, se propone como una forma de identidad.

En las variadas consultas, nos encontramos con pacientes que presentan su síntoma al modo del “soy anoréxica”, “soy adicto”, “soy depresivo”, etc. En muchos de estos casos la división subjetiva propia del síntoma no se pone en juego, la disfunción de este no se evidencia, por el contrario, podemos observar, por un lado, que determinados sujetos se resisten a un trabajo propiamente analítico y podemos vislumbrar, por el otro, cierto afianzamiento al síntoma, se agarran de él. Alexandre Stevens (2001) le otorga a los monosíntomas la función de la nominación, en tanto nombran el malestar del sujeto, a favor del alivio sintomático.

A su vez, este hecho, casi clasificatorio, les presenta a los sujetos la posibilidad de adherirse a una comunidad específica en la cual aquellos que la integran presentan el mismo problema, y así el síntoma en ocasiones podría funcionar a modo de organizar un lazo social a partir de una particularidad. Tenemos entonces el hecho de que se podría adquirir mediante este proceso un nombre propio, (“soy anoréxica” por ejemplo), una inscripción social por vía de la identificación imaginaria y también podría dar lugar a un acceso al goce en tanto llamarse y nombrarse “anoréxica”, por lo general está en entera relación con el hecho de obtener un goce en el cuerpo.

Entonces, en la época actual como nos han mostrado los trabajos de sociólogos y filósofos (Bauman, Ehrenberg, Lipovetsky) los cambios a nivel de la sociedad y su estructura económica, así como el avance

de la ciencia han promovido modificaciones nodales en las relaciones sociales y los ideales que organizan las conductas. Siguiendo esta línea, Lipovetsky (2008) plantea que esta mutación social es una nueva fase de la historia del individuo moderno desde la segunda mitad del siglo XX. Si la modernidad promueve el asenso del individuo con sus metas racionales, la postmodernidad llevará hacia un nuevo estado individual, marcado por el hedonismo y el narcisismo, en un contexto de vacío interior. Este proceso de personalización, rompe con la fase inaugural de las sociedades modernas, llevando a un estado de vacío, apatía y desencanto en la subjetividad, sólo movilizado por intereses individuales. Las referencias con que se encuentran las personas en la postmodernidad (Ehrenberg, 2000) como resultado de la caída de los grandes referentes, movilizan al sujeto hacia una búsqueda interior, una referencia en sí mismo, teniendo como resultado este narcisismo hedonista que describe Lipovetsky (2008), pero que no logra el sustento último. El equilibrio posible entre lo permitido y lo prohibido declina, dice Ehrenberg (2000), como efecto de los cambios sociales

postmodernos, poniendo la tensión de lo posible e imposible en primer lugar. Esta posición conlleva una serie de dificultades, ya que si la norma pierde su lugar y ya no funda la culpa que señalaba Freud (1913), ¿con qué nos encontramos en la subjetividad de fines del siglo pasado y comienzos de éste? Los cambios en la estructura de la familia, la permisividad con respecto a la dimensión de las satisfacciones, así como las nuevas versiones de las diferencias e igualdad en las políticas de género, conducen a lo que, desde el Psicoanálisis, Lacan ha caracterizado por el surgimiento de un nuevo imperativo: el imperativo a gozar. El discurso capitalista supone una nueva distribución de goce, en la que la inexistencia del Otro condena al sujeto a la caza del plus de gozar. (Miller, 2005, p. 19).

En épocas donde la imagen predomina sobre la palabra, donde la principal dimensión del tiempo es la inmediatez, donde el utilitarismo es el nuevo nombre de la virtud, donde la obscenidad del Otro prevalece sobre cualquier criterio ético, se impone la pregunta por el lugar del Psicoanálisis y sus posibles respuestas a los síntomas contemporáneos.

Referencias

- Bauman, Z. (2009). *Modernidad líquida*. México: Fondo de cultura económica.
- Canguilhem, G. (1971). *Lo normal y lo patológico*. México: Ed. Siglo Veintiuno.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Focchi, M. (2010). Síntomas sin inconsciente de una época sin deseo. Cuatro modalidades sobre la clínica contemporánea. Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Foucault, M. (1973-1974). *El poder psiquiátrico*. Curso en el Collège de France. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2003.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu. 2005.
- Lacan, J. (1938). Los complejos familiares en la formación del individuo. En *Otros Escritos* (pp. 33 – 96). Buenos Aires: Paidós. 2013.
- Lacan, J. (1951). Intervención sobre la transferencia. En *Escritos 1* (pp. 209-219). Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores. 2012.
- Lacan, J. (1959). Las metas morales del Psicoanálisis. En *La Ética del Psicoanálisis*, El Seminario 7 (pp. 360-369). Buenos Aires: Paidós. 2011.
- Lacan, J. (1960). El discurso a los católicos. En *El triunfo de la religión*. Buenos Aires: Paidós. 2003.
- Lacan, J. (1967). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros Escritos* (pp. 261 – 278). Buenos Aires: Paidós. 2012.
- Lacan, J. (1973). *Los Nombres del Padre*. El Seminario XXI (inédito). Clase 4 del 18 de diciembre de 1973. Versión digital: <https://seminarioslacan.files.wordpress.com/2015/02/26-seminario-21.pdf>
- Lacan, J. (1975). RSI. El Seminario XXII (inédito). Clase 10 del 15 de abril de 1975. Versión digital: <https://seminarioslacan.files.wordpress.com/2015/02/27-seminario-22.pdf>
- Lipovetsky, G. (2008). *La era del vacío*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Mazzuca, R. (2002). *Psiquiatría y Psicoanálisis, encuentros y desencuentros*. Buenos Aires: Eudeba.
- Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.
- Napolitano, G. (1999). Interpretación preliminar e implicación subjetiva. Publicado en Revista de psicoanálisis. Universidad de Buenos Aires, N°1, ,p. 83-95.
- Rubistein, A. (2012). *La terapéutica psicoanalítica: efectos y terminaciones*. Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Stevens, A. (2001). Nuevos Síntomas en la Adolescencia. En Revista Lazos, N° 4, Publicación de la EOL, Sección Rosario, Ed. Fundación Ross.
- Trobas, G. (2003). Tres respuestas del sujeto ante la angustia: inhibición, pasaje al acto y acting out. En Logos 1. Grama Ed.

Fecha de recepción: 08/05/2017

Fecha de aceptación:22/06/2017